

# ARCHIVO

## BARRICADA INTERNACIONAL

No. 9

Octubre de 1983

El fusil al hombro. En las manos el azadón. La escena se repite en los campos del norte de Nicaragua, próximos a la frontera con Honduras.

Son los campesinos integrados a las Milicias Populares Sandinistas organizadas territorialmente a partir de julio de este año, para asegurar a la población de determinadas zonas los medios y la preparación necesaria para la defensa.

Constituidas por pequeñas unidades las Milicias tienen la

responsabilidad de asegurar la seguridad de un pequeño poblado, de un centro de producción o de una cooperativa agrícola.

La organización masiva de sistemas de autodefensa se puso en práctica a partir de julio del año pasado, después que 14 personas fueron asesinadas en el pequeño poblado de San Francisco del Norte, en el departamento de Chinandega y a sólo 7 kilómetros de la frontera con Honduras.

En menos de un año miles de campesinos, mujeres y jóvenes han recibido entrenamiento militar y las armas para su autodefensa.

El éxito de la experiencia se expresa hoy en la confianza que tienen las poblaciones fronterizas en su capacidad de hacer frente a la agresión contrarrevolucionaria.

Esa confianza se traduce a diario en múltiples victorias militares y en los campos sembrados que se extienden a lo largo de la zona fronteriza.

En defensa propia

## Ni un solo fusil guardado

Las poblaciones fronterizas en el norte de Nicaragua han sido protagonistas de su propia defensa prácticamente desde el día del triunfo de la Revolución.

Primero hicieron frente a las bandas armadas de ex-guardias somocistas, que constantemente entraban a Nicaragua, atacaban y regresaban a territorio hondureño.

A partir de 1981, sin embargo, esas bandas comenzaron a ser apadrinadas y

“Los pobladores están en capacidad de enfrentar al invasor, aún sin apoyo inmediato del ejército.”

financiadas por la recién electa administración de Ronald Reagan, y recibieron un apoyo cada vez más directo del ejército hondureño.

Si entonces los contrarrevolucionarios atacaban armados con fusiles automáticos, los milicianos nicaragüenses respondían con viejos fusiles semi-automáticos, en franca desventaja.

“Entonces se pensaba en preparar a las poblaciones para que resistieran dos

La gente hace refugios en el patio de su casa.



*El azadón en una mano y el fusil en otra.*

horas, mientras llegaba la ayuda del ejército”, recuerda Agustín Lara, Secretario Político del FSLN en la Región I, que abarca los departamentos de Madriz, Estelí y Nueva Segovia.

Fue a partir de la masacre cometida contra la población de San Francisco del Norte, en junio de 1982, que se vio la necesidad de organizar la autodefensa de los poblados, para que estuviera en condiciones de enfrentar los ataques somocistas, aún sin el apoyo inmediato del ejército.

Un ataque con morteros contra el poblado de Teotecacinte, en junio de este

año, llevó a sistematizar la construcción de refugios anti-aéreos, para proteger a la población.

Además de los refugios para uso colectivo, dice Lara, hoy la gente hace refugios “en el patio de su casa”, cuando es posible, para proteger a ancianos, niños y enfermos.

Son los propios pobladores, integrados en las Milicias Populares Sandinistas (MPS), quienes protagonizan la defensa de cada territorio.

“Hay miles de fusiles y no hay un fusil guardado”, agrega Lara para ilustrar la situación.

Ahora, además de los viejos fusiles VZ, remanentes de la segunda guerra mundial, los milicianos usan fusiles automáticos AK e incluso armas pesadas.

“Nuestra región está en completa, como se dice en términos militares, y cuando se desencadene la agresión estaremos en capacidad de derrotarla”, agrega Lara.

Entretanto, la meta es lograr sacar las cosechas de café, maíz, frijol, y arroz, correspondientes al presente ciclo agrícola, una tarea peligrosa que estará a cargo de voluntarios integrados a los “batallones de la producción”.



## La vida y la guerra en el norte

Con frecuencia el camino se quiebra y forma un paso sobre un pequeño río. La montaña, tupida, se dobla entonces amenazante sobre el jeep. Es un lugar propicio para caer en una emboscada. Después de todo, Honduras, el santuario de los somocistas, está a escasos tres kilómetros. Las fuerzas de tarea contrarrevolucionarias integradas por grupos de 250 guardias aprovechan los pasos montañosos donde no hay poblados, para incursionar en Nicaragua.

Protegidos por la espesa vegetación preparan trampas mortales para los milicianos, roban y matan el ganado, y cuando caen sobre un poblado desprevenido, asesinan, secuestran, saquean e incendian.

Por eso no es extraño que a la distancia se dibuje la figura de un campesino a caballo, el machete al cinto y un fusil automático al hombro.

La intensidad de las agresiones, que pasó de los ataques directos de las bandas somocistas a los cañoneos con morteros contra las poblaciones, determinó la necesidad de crear sistemas de autodefensa, en todas las comunidades fronterizas del país.

Hombres, mujeres y niños, aprenden así a vivir en medio de la guerra silenciosa que los Estados Unidos está librando contra la Revolución nicaragüense y son los primeros protagonistas de su propia defensa.

### SAN JOSE DE CUSMAPA

Es un poblado que como el musgo, logró crecer en un terreno extremadamente quebrado y rocoso, en el departamento de Madriz.

Su tierra es poco fértil, por lo cual sus 8.000 habitantes viven de practicar una agricultura de subsistencia, con la siembra de frijoles, maíz y café.

Sus límites llegan a estar a veces tan cerca de la imaginaria raya divisoria de Nicaragua y Honduras que resulta sorprendente que siga existiendo y no haya sido abandonado por su población.

Después de todo, a unos 18 kilómetros al norte, en territorio hondureño, está ubicada la base contrarrevolucionaria Sagitario, donde se concentran unos 400 somocistas con su propia pista de aterrizaje.

Pero las fuerzas de tarea prefieren no asomarse por San José de Cusmapa, sino que se infiltran por las cercanías de Las Sabanas, por un callejón montañoso y deshabitado a una hora de camino a pie, que entronca con San Marcos de Colón,

en el departamento hondureño de Choluteca.

No obstante, ¿qué sucedería si de pronto comenzara un ataque con morteros y fuego de fusiles contra este poblado?

Las mujeres y los niños correrían en busca de los refugios especialmente contruidos, mientras que los hombres irían a sus puestos de combate. Además, una alarma le avisaría del peligro a todos los pueblos vecinos.

Juan Castro, responsable de las Milicias Populares Sandinistas (MPS) del lugar, no cree muy probable que la contra se atreva a entrar por su poblado.

“Nosotros dominamos las alturas —dice señalando una serie de Lomas que se levantan cada tanto— y no las abandonamos ni de noche ni de día”.

Este sistema de vigilancia, más las escuadras de milicianos que realizan exploraciones, parecen ofrecer una garantía segura contra cualquier posible ataque sorpresivo.

Castro tiene fresco en su memoria el reciente genocidio cometido por una fuerza de tarea somocista contra la población de Pantasma, en el departamento de Jinotega.

Los contrarrevolucionarios se lanzaron al amanecer contra esa comunidad. Los milicianos que estaban en sus puestos libraron un desigual combate y cuando todo terminó, 47 personas habían sido asesinadas.

Para Castro, lo sucedido en Pantasma es una “dolorosa experiencia” que ayudará “a que no nos agarren dormidos”.

Para efectos de su autodefensa, San José de Cusmapa ha sido dividido en varios sectores, cada uno de los cuales cuenta con un número de refugios antiaéreos de uso colectivo.

Estos han sido contruidos especialmente para los niños, ancianos y personas incapacitadas, mientras que las mujeres más jóvenes con sus fusiles al hombro, han formado escuadras de evacuación, primeros auxilios y cuido de los niños.

La maestra Ena Garmendia, miliciana de 19 años, da un ejemplo de cómo funcionaría una evacuación en caso de un ataque.

Los 300 niños que estudian en la escuela local correrían en busca de una zanja de evacuación que comunica la escuela con un refugio colectivo. Así disminuyen los riesgos de que los niños sean alcanzados por una bala o por la esquirla de un mortero, explica.



Un miliciano de 14 años armado (al fondo, de gorra) escolta a los niños que van a la escuela.

### DESBANDADA

Hace un mes no existía ese grado de organización en el pequeño poblado de El Mojón, ubicado apenas a dos kilómetros y medio de Honduras. Todo está en absoluta calma ahora. Un coro de 37 pequeños repite las indicaciones de la maestra en la escuela. La bandera nacional baila con la brisa y un poco más allá, donde hay una fuente de agua, dos mujeres lavan la ropa.

“Hace un mes salimos en desbandada”, explica Marta Colindres, madre de ocho niños. Se refiere a un fuerte combate que se produjo cerca de Las Sabanas, a unos tres kilómetros.

La gente de El Mojón salió corriendo en forma desordenada cuando escuchó las balas, pero Colindres asegura que eso no pasaría ahora, porque si tienen instrucciones precisas de qué hacer en caso de un ataque.

Al sonido de la alarma, la población se reunirá frente al puesto de las Milicias Populares (MPS) para recibir instrucciones, mientras que los milicianos ocuparán sus trincheras para formar un anillo defensivo alrededor. Para cuando la población busque los refugios en forma organizada, la alarma habrá llegado hasta San José de Cusmapa, distante unos tres kilómetros y cuyos milicianos están en condiciones de brindarles apoyo.

Esta situación se repite en todos los poblados de la región: El Guayabo, San Lucas, Miquilce, Jabonera y otros más.

Una comunidad que ya ha debido poner en prueba su capacidad de autodefensa es el poblado de Las Sabanas, ubicado a 15 kilómetros de Honduras y habitado por unas 3.000 personas que cultivan café, frijoles, y maíz.

“Por donde yo vivo pasaron los guardias, los fuimos a perseguir y tuvimos un combate en el cerro”, recuerda Mauricio Gutiérrez López, miliciano de 17 años de edad.

Durante casi siete días, a finales de septiembre, él combatió con sus compañeros contra una fuerza de tarea.

“Le supimos responder al enemigo”, agrega y cuenta que lograron aniquilar a un **contra** e hicieron retroceder al resto.

Ese combate no se libró en el pueblo mismo. Pero las brigadas de evacuación y primeros auxilios estaban listas para entrar en acción si hacía falta.

El sub-Teniente José Amán Larios Pineda, es un joven y experimentado guerrillero que ahora dirige a los exploradores de la Brigada 312, con sede en Somoio, cabecera de Madriz.

Esta Brigada, que actúa como apoyo del Ejército Popular Sandinista a las MPS de la zona, está formada por los milicianos de más experiencia en el combate contra los somocistas.

Más conocido como “Cairo”, Larios nos explica lo que a su parecer es la causa de las constantes derrotas causadas a la contrarrevolución.

“Cuando libramos una guerra de guerrillas contra un gobierno fascista, triunfamos. Ahora la **contra** usa esa forma de guerra contra nosotros, pero fracasa porque no tiene el apoyo del pueblo y los milicianos le salen por todas partes”.

Para el Teniente Bosco Miranda, Responsable de la autodefensa del departamento de Madriz, la **contra**, e inclusive una posible agresión del ejército hondureño, son amenazas menores.

“Lo que nos preocupa es una agresión directa de Estados Unidos, porque el pueblo tendría que resistir una intervención que sería larga y costaría muchas vidas”, dice.



**Teotecacinte**

# Resurge de la tierra quemada

En el terreno donde estaban las bodegas de tabaco que incendiaron los morteros, crecen ahora plantitas de café, sembradas ordenadamente.

"Ellas buscan para crecer la tierra que quedó menos quemada", dice el campesino Marco Jirón Gutiérrez, responsable de la autodefensa en Teotecacinte, poblado del departamento de Nueva Segovia.

Distante apenas tres kilómetros de Honduras, el sitio fue víctima de uno de los ataques más prolongados e intensos que ha padecido la franja fronteriza del departamento, entre mayo y julio de este año.

Mientras el fuego de artillería partía de Cifuentes, localidad hondureña a nueve kilómetros de aquí una fuerza de 600 somocistas intentó tomar la comunidad.

El plan contrarrevolucionario buscaba controlar una porción de territorio nicaragüense, instalar un "gobierno provi-

sional" y pedir la ayuda de "gobiernos amigos".

Escogieron esta zona porque geográficamente forma una especie de cuña insertada entre las montañas hondureñas, donde los somocistas controlan las alturas.

La resistencia ofrecida por los combatientes del Ejército Popular Sandinista hizo que el proyecto fracasara una vez más.

Pero los daños sufridos fueron cuantiosos. Una niña de tres años que no fue trasladada a tiempo a un refugio antiaéreo, murió cuando los fragmentos de un mortero le arrancaron parte de la cara.

Siete bodegas de tabaco, valoradas en un millón de córdobas (US\$100.000) cada una, se incendiaron tras los impactos de morteros de fabricación norteamericana e israelita. Solamente en un día cayeron 96 morteros sobre Teotecacinte, donde habitan 3,900 personas.



*Un refugio antiaéreo en Teotecacinte, para albergar a niños y ancianos.*

Las huellas de la agresión son aún visibles: paredes y un automóvil perforados por las esquirlas, la escuela abandonada, los recipientes de gas propano que producían calor para secar el tabaco ahora calcinados.

Sin embargo, la población no se resignó a la idea de abandonar su poblado. Pequeños y medianos agricultores, agrupados en dos cooperativas, cultivan allí 1.071 acres de frijoles, café, arroz y maíz.

Ahora las escuadras de pobladores construyen nuevos refugios colectivos en espera de próximos ataques, y se han

organizado brigadas de defensa civil, encargadas de la evacuación y los primeros auxilios. Algunos niños continúan sus estudios en Jalapa, 17 kilómetros al inferior.

"Durante el día —dice Jirón— se trabaja armado en la defensa de la producción", en las noches diferentes escuadras se toman su lugar en los puestos de vigilancia.

A 1.000 metros de Honduras se encuentra un sembradío de café que los nicaragüenses continúan cultivando, quizás como un símbolo de la vida que quiere empecinadamente continuar.

## A trabajar con el fusil al hombro



*Sacar la cosecha es en el norte una tarea peligrosa.*

A mitad de camino, entre Santa Clara y Jalapa, en el departamento de Nueva Segovia, se encuentra la cooperativa de autodefensa "Bernardino Díaz Ochoa".

Se inició como un colectivo familiar en 1980 por pobladores de la colonia Germán Pomares. Con el tiempo se unieron un total de siete socios, que cultivan más de 102 acres de frijoles y maíz.

Uno de ellos Sotero Alvarez, combatió hace tres semanas junto a otros milicianos contra varias decenas de somocistas, que entraron hasta Ciudad Antigua, a 10 kilómetros de aquí.

"Ellos nos hablaron por un megáfono. Nos dijeron que eran ricos, que si nos íbamos con ellos tendríamos muchas cosas.

Pueden venir de cinco en fondo, nos dijeron. Pero nosotros les respondimos con cinco rafagazos", cuenta Alvarez, y provoca la carcajada de sus compañeros.

En esa oportunidad, 42 milicianos

causaron 17 bajas a los somocistas, entre muertos y heridos. Ellos, por su parte, no salieron "ni pellizcados", dice Alvarez.

Al igual que en los otros poblados de Nueva Segovia, aquí se ha organizado la vida en función de la guerra. Mientras unos trabajan la tierra, con el fusil al hombro, otros vigilan desde puestos fi-

**"Se trabaja armado y en las noches se hace vigilancia".**

jados con anticipación. Se han construido pozos de tirador, para asegurar la defensa circular y refugios anti-aéreos para proteger a los niños pequeños y ancianos.

A la lucha por sacar una buena cosecha, se une la tensión y el esfuerzo por mantener la vigilancia alerta, noche y día.



## My Lai en la memoria

Cuarenta y siete campesinos, incluidos seis maestros, fueron asesinados. El pueblo fue destruido. El Banco fue saqueado. En términos de derecho internacional, se trata de un genocidio.

Eso fue lo que sucedió el 18 de octubre en el caserío de Pantasma, en el departamento de Jinotega, cuando de 250 a 300 somocistas procedentes de Honduras atacaron el lugar, a 221 kilómetros al norte de Managua.

“Sólo esperaron la salida al campo de nuestros compañeros, a 5:30 de la mañana, para empezar a disparar sus fusiles y a gritar consignas como ‘con Dios y la Patria derrotaremos al comunismo’, pero no avanzaban”, relata Angela Alemán, la única maestra superviviente. Su esposo, Noel Vargas, fue uno de los caídos.

Cuando los hombres escucharon los disparos “de inmediato regresaron y le hicieron frente a los criminales con sus pocas armas. Pero ellos eran mucho más numerosos y mataron a casi todos los miembros de las cooperativas”, agrega otra de las viudas, Cándida Rosario Martínez.

En vista de que los habitantes de Pantasma no se rindieron, como lo estaban exigiendo a gritos los somocistas, estos pusieron en práctica un “ablandamiento” de dos horas de duración, con morteros, cohetes RPG-7 y granadas M-79.

El impacto de esas armas, así como incendios provocados por los integrantes de la Guardia Nacional de Somoza, destruyeron al aserradero, una bodega de café y las instalaciones de las cooperativas “Juan Castil Blanco” y “Jacinto Hernández”.

También acabaron con la Junta Municipal, un plantel del Ministerio de la Construcción y no menos de cinco tractores y otra maquinaria pesada; tres puestos de almacenamiento de granos básicos; la casa de las Milicias y la del Comité Zonal del Frente Sandinista; la sucursal del Banco Nacional de Desarrollo, de donde tomaron 825 mil córdobas (US\$82,5 mil), y la sede del programa de educación de adultos. De allí se llevaron 80 mil córdobas (US\$8 mil), también quemaron el puesto de salud y nueve viviendas.

A las 7:30 de la mañana los somocistas entraron finalmente al pueblo y continuaron enfrentando a los pocos vecinos armados, hasta las cuatro de la tarde cuando entró al pueblo el primer contingente de reservistas del Ejército Popular Sandinista (EPS) que se movilizó en auxilio de Pantasma.

Este fue hasta ese día una serie de casitas colocadas a ambos lados de una sola calle recta, en un pequeño valle. A



*Simulacro de ataque en San Lucas. Más de una vez la movilización ha sido en serio.*

dos kilómetros de allí se encontraban las cooperativas agrícolas. Un total de 1.000 personas vivían en esa zona, donde no había ningún objetivo militar.

A los dos días de la matanza, había olor a ternero muerto, humo y casas vacías. “¿Qué vamos a hacer ahora?”, preguntó uno de los dueños de las viviendas mortereadas.

“Ni una lágrima, ni un lamento habrá en este valle por la muerte de nuestros hermanos... dénnos fusiles para acabar con los criminales!”, respondió Cándida

**“Ni una lágrima, ni un lamento... dénnos fusiles.”**

Rosario. E insistió en que esa era la única forma de hacer honor a los 47 compañeros caídos en las trincheras, combatiendo.

### GENOCIDIO

La noche del 20 de octubre, una vez conocida la dimensión de la masacre, el

Ministerio del Exterior de Nicaragua envió una nota de protesta a su homólogo hondureño.

“Vuestra excelencia comprenderá —se le dijo en la nota al Ministro Edgardo Paz Barnica— que este bárbaro e inhumano ataque configura el crimen de genocidio, caracterizado como el exterminio masivo de poblaciones inocentes”.

De nuevo se llamó al gobierno de Roberto Suazo Córdoba a la reflexión y a impedir la utilización de su territorio como base de agresiones contra Nicaragua. “Obviamente, ello exige de las autoridades hondureñas el ejercicio soberano de los derechos que como nación le corresponden, sin subordinación de su soberanía a los planes intervencionistas de la administración norteamericana, que compromete cada vez más al ejército hondureño en la ejecución directa de acciones terroristas en contra de Nicaragua”.

La primera masacre en una comunidad campesina cometida por los guardias somocistas desde que fue derrocado Anastasio Somoza, ocurrió el 24 de junio del año pasado en San Francisco del

Norte, a 7 kilómetros de la frontera con Honduras en el departamento de Chinandega. Más de 100 hombres atacaron el pequeño pueblo y asesinaron a 14 campesinos y secuestraron a varios más.

El 10 de septiembre de este año, dos días después de que una avioneta proporcionada a los contrarrevolucionarios por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), atacara el Aeropuerto Internacional Augusto C. Sandino, algún ingeniero funcionario del Departamento de Estado dijo que éste “deploraría cualquier ataque que pusiera en peligro la vida de civiles”.

Un mes después, los contras intentaron volar los depósitos de combustible en Puerto Corinto, donde viven casi 25 mil civiles.

Así, las acciones norteamericanas en Nicaragua tienen un sabor amargo a My Lai, la aldea vietnamita donde en 1968 el Teniente norteamericano William Calley asesinó con premeditación a 22 civiles.

“En My Lai yo cometí uno de los miles de errores que cometí en Vietnam”, dijo el militar al ser juzgado por ese crimen en 1971.